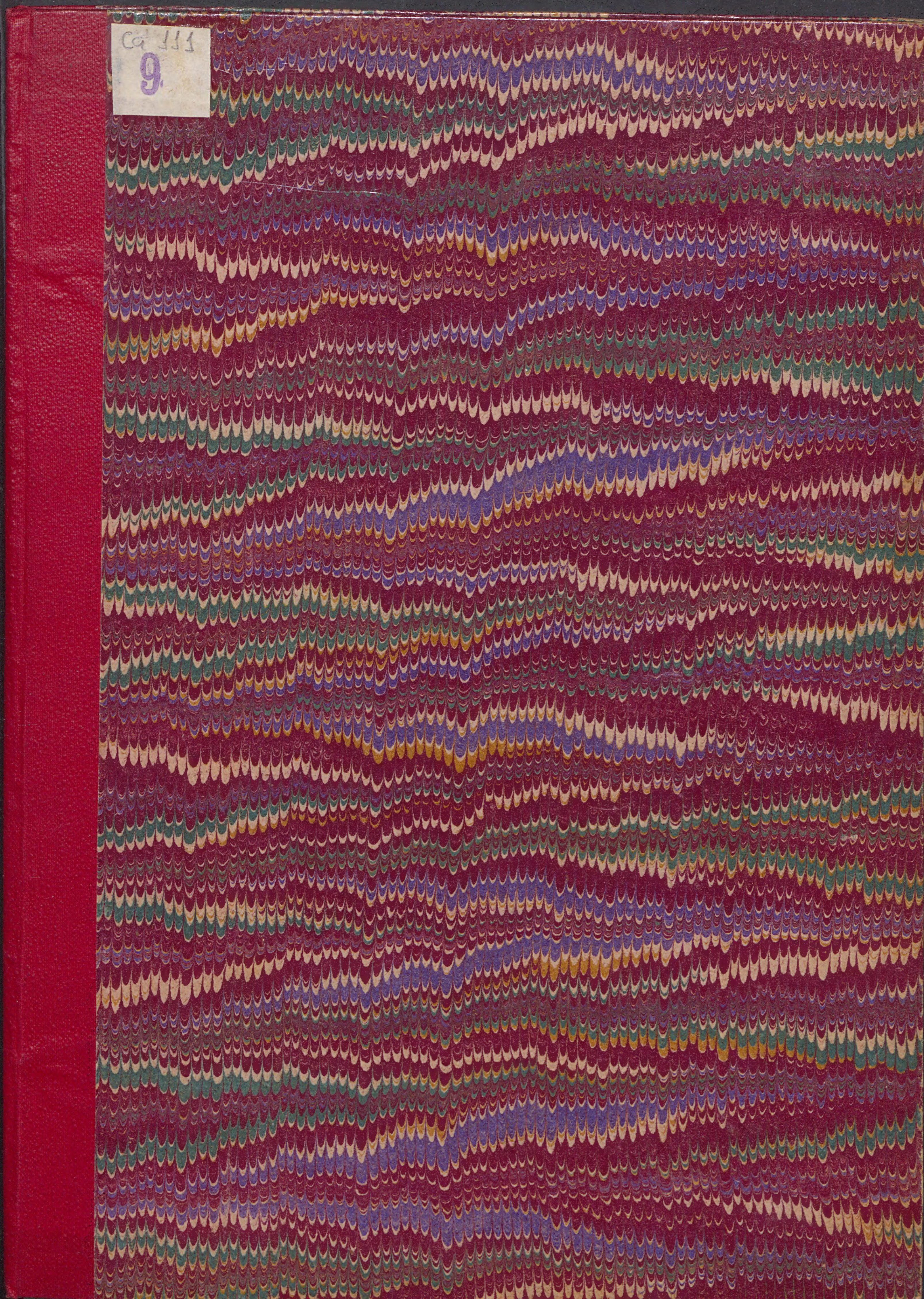


Ca 111
9

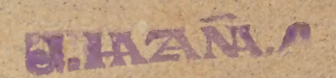
# LA ORACION

DE

# LA TARDE

LEYENDA INSPIRADA EN EL PRECIOSO BARRO COCIDO

DE



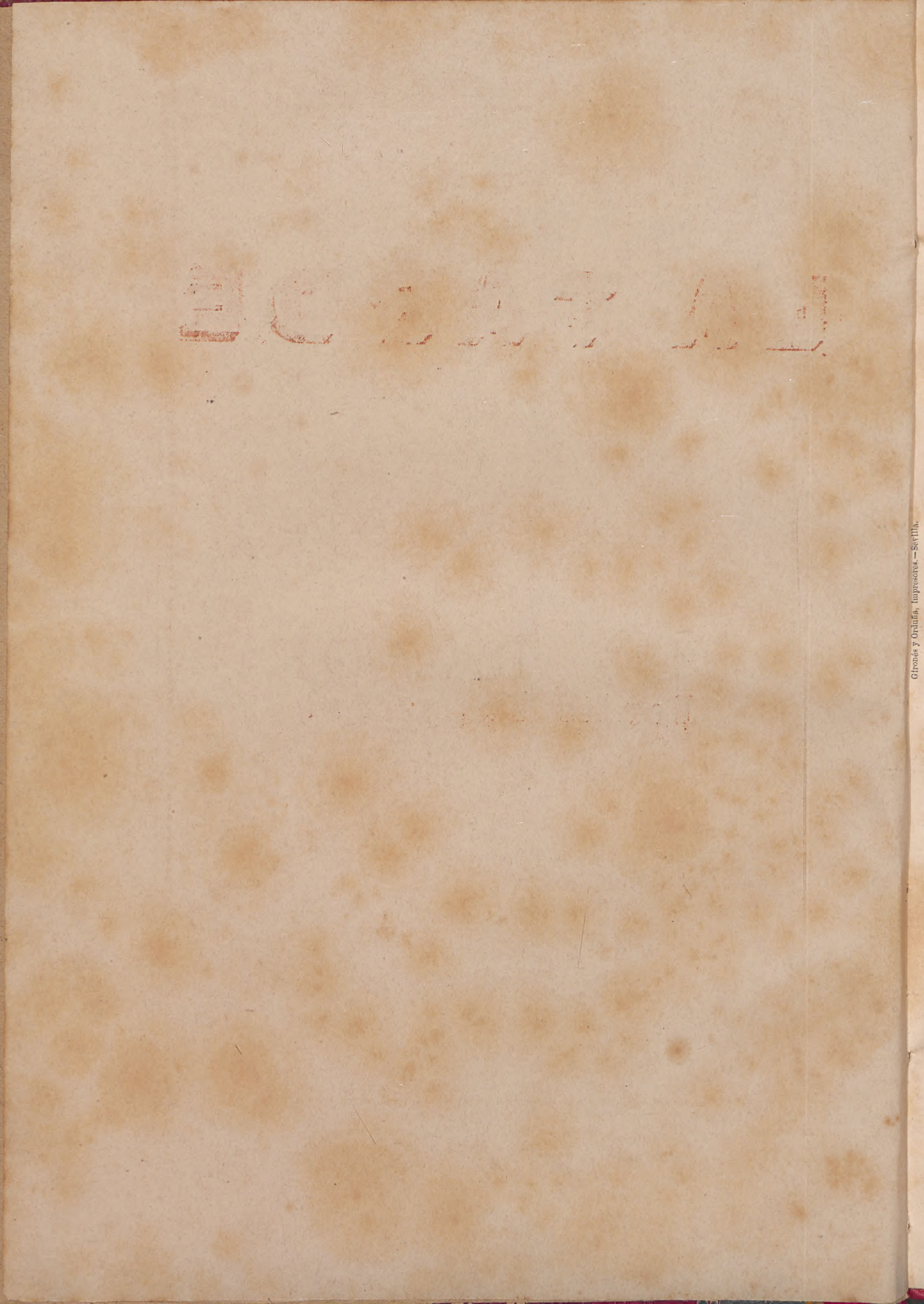

## ANTONIO SUSILLO

Y DEDICADA AL MISMO

POR

**Benito Mas y Prat**

SEVILLA, 1.º DE MARZO DE 1884



Girонés y Orduña, Impresores.—Sevilla.

# La Oracion

de

# LA TARDE

Gironés y Orduña, impresores.—Sevilla.

# La Oracion de la Tarde.



**Antonio Susillo.**

# A Antonio Susillo

Querido Antonio: Bien sabes que he sido el primero en admirar tus excelentes dotes artísticas, y que más de una vez he predicho que el más glorioso éxito habria de coronar tus asíduos trabajos. Hoy, que comienzas á brillar en el horizonte del Arte, hago con gusto este pequeño cróquis á vuela pluma, y fantaseo sobre uno de tus pensamientos escultóricos á mi capricho. En esta dedicatoria sólo has de ver lo que tú me decias que viese cuando modelabas por pura distraccion una de aquellas cabezas que eran llevadas sin compasion á la guillotina: un cróquis, *un muñeco* desmalazado, como todo lo que se hace sin intencion preconcebida. Si quieres saber por qué no lo rehago, te diré que por conservar el recuerdo de tus creaciones, que siempre fueron tan espontáneas como bellas.

Nuestro buen amigo el Sr. Sagastizábal tiene gran parte en el pequeño obsequio que te hacemos, pues á él pertenece el coste de la tirada de estos versos *abocetados;* debo consignarlo así, porque de este modo sólo me quedo con la materia que me corresponde. En esto de saber si las cosas tienen la cantidad de materia precisa eres maestro tú, supuesto que has conseguido, no sólo el dominio de ella, sino el de la forma, que en el Arte



Gironés y Orduña, impresores.—Sevilla.

es el todo, por más que crean otra cosa los partidarios del cáos, es decir, los que quieren separar de lo que existe todo aquello que no puede reducirse á punto apreciable y á entidad cognoscible en el laboratorio. Hay algo en tus grupos y en tus relieves que no se hace con barro; esto te lo explicas tú como yo, y no necesita demostracion alguna.

Pero, dejando estas cuestiones tan *hondas* de suyo, te diré que sigas trabajando para gloria de España y provecho tuyo, que es el punto difícil de conseguir, pues la posteridad se cuidará de hacer lo que no he podido, por no contar con una lira de oro.... para *pulirla*.

Sabes que te quiere de véras tu buen amigo

B. MAS Y PRAT.

Sevilla, Enero de 1884.



Gironés y Orduña, impresores.—Sevilla.

# La Oracion de la Tarde

I

Va declinando la tarde,
El sol se ensancha y se aleja,
Y al tocar el horizonte
Parece que el cielo incendia.
Los leñadores descienden
Por vericuetos y sendas,
Y tañen las oraciones
Las campanas de la aldea.
Por el vallado cercano,
Donde las pitas aviesas
Alternan á largos trechos
Con punzantes cambroneras,
Con un morral á la espalda
Y un recio palo en la diestra

Adelanta un hombre atlético,
De barba larga y espesa.
Lleva el cabello cortado
Casi á punta de tijera,
Y una gorra de cuartel
Terciada sobre la oreja.
Su levita está raída,
Fué azul en su primavera,
Y con anchos desgarrones
Dice que estuvo en la guerra.
En su gallarda apostura
Soldado español se muestra,
Que sólo nuestros soldados
Tienen de bronce las piernas,
Y pueden galantear
Despues de andar veinte leguas,
Y lucirse en la parada,
Y tomando una trinchera.
¿Volvia á su hogar?... ¡Acaso!
Pendiente de cinta negra
Se ve un cañuto de lata
Que se esconde en su pechera,
Y la cinta y el cañuto
Hacen extraña pareja
Con la cruz de San Fernando
Que sobre el costado muestra.
Clava sus ansiosos ojos
En la dilatada vega,
Y en el rio que murmura,
Y del que surgen las nieblas.

El lugar, que allá se asoma
Con sus pobres chimeneas,
Le hace detener la planta
Y lanzar extraña queja:
—¡Hé allí—dice—mi casita!
El hogar está sin leña,
Y sin rosales el huerto,
Y sin manteles la mesa.
Las ventanas, como losas
De sepulcros que se cierran;
Los muros como mi rostro,
Surcados por anchas grietas.
Salieron dos ataúdes,
Giraron luégo las puertas
Y todo quedó en silencio....
¿Qué pasó?... ¡Nadie se acuerda!
¡Una anciana y un anciano
Que se mueren y se entierran;
Dos que van al otro mundo
Y uno que se va á la guerra!
Más léjos, de aquellos álamos
Tras las hojas verdinegras,
Está su casa.... ¡la casa
En que habitaba la pérfida!
Áun parece que la veo
Reclinándose en la reja,
Con su cuello de paloma
Y sus ojos de sirena.
Áun escucho sus palabras,
Tan melosas como arteras:



Gironés y Orduña, impresores.—Sevilla.

—¡Véte—me dijo—y no llores,
Te esperaré hasta que vuelvas!—
Hace un año que otros brazos
Gozan mi adorada prenda,
Y que otra boca en su boca
Bebe corales y perlas.
Al cabo aprendió el refran
«El que espera, desespera:»
¡Quien confia en una ingrata
Firma con agua en la arena!
Aquellos hombros de nieve,
Aquellas manos de cera;
Aquel talle, más airoso
Que el tallo de la azucena;
Aquel seno, que al moverse
Bajo el pañuelo de seda
Vivificaba las flores
Bordadas sobre la tela,
Son tesoro de otro avaro,
De otro campeon preseas,
De otra carne, carne amada,
De otra vida, vida nueva.
Mas.... ¡no será, si yo aliento!
¡No será, si de mis penas
Puedo soportar el fardo
Hasta la colina aquella!
¡Que yo sabré desgarrar
El pecho que se le acerca,
La mano que la acaricia
Y el brazo que la rodea!

¡Morirá, sí, morirá!
Las balas que me respetan,
El hierro que no me hiere
Y la muerte que no llega,
Voy á lanzar contra aquel
Que me ha robado esa prenda,
Y con esa prenda el alma
Que dejé encerrada en ella.
¡He vuelto al fin! Oscurece
Y viene la noche negra:
¡Relámpagos de venganza
Alumbran mi ruta incierta!—

. . . . . . . . . . . . . .

Esto dice el hombre atlético,
Que su luenga barba mesa,
En tanto que suena el *Angelus*
En la torre de la aldea,
Y va asomando la luna
Con su cortejo de estrellas,
Y se pierden los labriegos,
Cual sombras, por las veredas.

## II

Hay muy cerca del lugar,
Hácia el que avanza el viajero,
Una cruz, que abre sus brazos
Á los que la ven de léjos.

Gironés y Orduña, impresores.—Sevilla.

Está enmedio de la calle
Que conduce al cementerio;
Y, muda, ruega á los vivos
Que se acuerden de los muertos.
Cuando declina la tarde,
Algun piadoso labriego,
Que ha dejado la aguijada
Para dedicarse al rezo,
Cuelga un pobre farolillo
De su pescante de hierro,
Y hace un faro de la cruz
Porque está cercano el puerto.
Á ella llega paso á paso
El veterano, sintiendo
Que, al acercarse á la aldea,
Su cólera toma cuerpo.
Ni recuerda que allí mismo,
Siendo un dia pequeñuelo,
Le enseñó su buena madre
Á perdonar al perverso;
Ni piensa que su rival
Puede, acaso, estar sufriendo
Algun torcedor terrible
Con que le castiga el cielo.
  En vano la suave luz,
Que vacila, está diciendo
Por dónde se va á la aldea
Y por dónde al cementerio;
En vano dando en los brazos
Repite, en enigma tierno,

Que más infamias sufrió
Sin quejarse el Nazareno;
Otras solicitaciones
Le vienen al pensamiento,
Que tras la cruz se guarece
El demonio de los celos.
Como ya se ven las luces
De las ventanas del pueblo,
Y se oye el mugir del buey
Y el ladrido de los perros,
El ceñudo veterano
Detúvose allí un momento
Para preparar sus armas
Y coordinar el ojeo.
De un macizo pistolete
Tanteó el muelle de acero,
Y de un cortante cuchillo
Probó la hoja en el suelo.
Embozóse en su capote,
Dió á un retrato siete besos,
Y dijo:—¡Son puñaladas!...
¡Todas ellas en el pecho!—
Ya iba á dar el primer paso
Para entrar en el sendero
Que, entre olivas descarnadas,
Toca al lugar de sus duelos,
Cuando una voz dolorida
Y un sollozo lastimero,
Solicitando su oido,
Dejáronlo asaz perplejo.

Gironés y Orduña, impresores.—Sevilla.

—¿Quién va?—dijo con voz áspera,
Á un lado y otro volviendo
Sus ojos enrojecidos
Por la rabia y por los celos.
—¡Yo, señor!—dijo una niña
Que, sin el menor recelo,
Las rodillas abrazó
Derramando lloro acerbo.
—¿Y quién eres tú, muchacha?—
Dijo el soldado, escondiendo
El afilado cuchillo
Que acariciaba colérico.
—Señor, yo soy Clara Perez,
La hija de Rita Salcedo,
Que va á rezar por sus padres
Que hace seis meses murieron.—

. . . . . . . . . . . . . .

Sorprendido el veterano
Lanza un ¡ay!, un grito, un terno,
Y llevóse entrámbas manos
Al trastornado cerebro.
Primero miró á la niña,
Al cielo azulado luégo,
Despues á la cruz cercana,
Y, por último, á sí mesmo.
—¿Es cierto lo que me dices?
—Sí, señor soldado, es cierto.
—Y ¿por qué llorabas?
—¡Porque
De ir sola *allí* me da miedo!

—¿Y dónde es *allí?*
—¡Á su tumba!
—¿Á su tumba?
—¡Al cementerio!
—¿Y quieres que vaya yo?
—Sí, señor.
—¡Voto al infierno!—

. . . . . . . . . . . . . . . .

Huyó la azorada niña
El redondo voto oyendo,
Y fué á abrazarse á la cruz
Llorosa y triste de nuevo.
Viéndola así parecia
Un ángel que toca el cieno,
Y que por dejar la tierra
Hace inauditos esfuerzos.
Dobló aquel hombre la frente
Sobre sus callosos dedos,
Y permaneció un segundo
Como una estatua de hielo.
La pobre niña llorosa,
Con su vestidito negro
Y sus cabellos de oro,
Con los que jugaba el viento;
La cruz, que siempre tenía
Sus anchos brazos abiertos,
Y el farol, que le llamaba
Con cariñosos reflejos;
Los cipreses, que se alzaban
Como mástiles escuetos,

Gironés y Orduña, impresores.—Sevilla.

Señalando el golfo oscuro
Donde naufraga el deseo;
Todo en confuso monton
Volteó en su pensamiento
Dejando esta sola nota:
«Lo que tú amaste ya ha muerto.»

. . . . . . . . . . . . . . . .

—¡Vén, hija mia,—exclamó,
Dulcificando su acento
Y acercándose á la huérfana
Con ademan firme y tierno:—
Aunque la noche está encima
Y yo descansar deseo,
Iré contigo allá abajo....
—¿Á rezar?
—¡Sí, rezaremos!—
Sorprendida la chicuela
De encontrar en el viajero
Un cambio tan repentino
Y un rostro tan halagüeño,
Asióse de su capote,
Dejó que le diera un beso,
Y encamináronse unidos
Al cercano cementerio.
Era este un lugar baldío,
Sembrado, de trecho en trecho,
Por toscas cruces de álamo,
Que iba el musgo recubriendo;
Donde las flores crecian
Más galanas que en los huertos,

Tomando savia y colores
De los despojos terrenos.
Silfos, gusanos de luz
Y espíritus hechiceros,
Sus sábados celebraban
Sobre tomillo y romero.
Y como allí no lucian
Lápidas ni mausoleos,
Nunca á contemplar su orgullo
Se alzaron los esqueletos.
Ante una cruz adornada
Por frescas rosas del tiempo,
Y que la niña encontró
Sin dar el menor rodeo,
Arrodillóse el soldado,
Copioso llanto vertiendo,
Descubierta la cabeza
Con religioso respeto.
Despertóse en aquel alma
Todo un mundo de recuerdos;
Alzáronse de la tumba
Las sombras de sus ensueños,
Y contemplando á la niña,
Que murmuraba sus rezos,
Allá para su capote
Hizo un nuevo juramento.

Hay quien dice que el soldado
Vió en este mismo momento
Una amorosa pareja

Que iba subiendo, subiendo;
Que traspasó el campanario,
Punto el más alto del pueblo,
Y que se perdió en las nubes
Estas palabras diciendo:
*La oracion de los que viven*
*Abre á los muertos el cielo.*

Benito Mas y Prat.




UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600689989

